

# Tierras bajas



PILAR GIL SOLER

**Herta** Müller dirige a la hoja blanca de papel su mirada de acero, en 1984, y aquella se va iluminando poco a poco mientras brotan las Tierras bajas. Una niña es su protagonista, testigo

indefenso de un mundo rural sombrío, cerrado en sí y absorto en su miseria, imposible de traspasar, como Macondo: *“Jugamos a marido y mujer. Yo me meto los dos ovillos de lana verde bajo la blusa, y Wendel se pega su bigote de lana de oveja verde. Jugamos. Yo le riño porque está borracho, porque no trae dinero a casa, porque la vaca no tiene pienso, y le digo que es un gandul y un cerdo y un vagabundo y un borracho y un inútil y un granuja y un putañero y un cabrón. Así es el juego. Me divierte y es fácil de jugar. Wendel se queda sentado en silencio.”*<sup>1</sup>

En otras ocasiones (la mayoría) la niña destila poesía en su exposición onírica del mundo circundante, un mundo despiadado, pleno de colores y sentimientos encontrados: *“El fuego consume la aldea cada noche. Primero arden las nubes.*

*Cada verano se lleva un granero. Los graneros se incendian siempre en domingo, cuando la gente baila y juega a las cartas. El crepúsculo rueda por las calles como un intestino grueso. Luego arde lentamente allá en el fondo, entre la paja y el entramado de tallos. Y sólo uno lo sabe, el hombre de la caja de fósforos, que ventila su odio por las plantaciones de patatas, detrás de los maizales.”*<sup>2</sup>

Bruscamente, vemos que la niña es mayor y alcanza una vida dorada, sumida en el estrés, el sinsentido, el caos del falso bienestar, hundida en la no libertad de la producción frenética o el del consumismo (confundiéndose dictadura con estado del bienestar), sin tiempo para sentir: *“Las cinco y media de la mañana. Suena el despertador. Me levanto, me quito el vestido, lo pongo sobre la almohada (...)cojo la toalla, me lavo la cara con ella, cojo el peine, me seco con él (...)Cojo el ascensor del quinto piso hasta el primero. Luego subo nueve peldaños y estoy en la calle (...)camino hasta la parada del tranvía (...)me bajo tres paradas antes de subir. Le devuelvo el saludo al portero (...)y piensa que otra vez es lunes y otra vez se ha acabado la semana.”*<sup>3</sup>

Y esta breve muestra es el más elocuente resumen de urgencia que se nos ocurre de los quince relatos que conforman *En las tierras bajas*, una de las cuatro obras traducidas al español de esta autora, manifiesta ser discípula de García Márquez, sin que ello suponga imitación, sino una muy particular visión del Macondo rumano desde el realismo mágico. La escritura de este libro, más que una denuncia al uso, es la exhibición de un modo de vida, el de la propia autora, el de tantos rumanos vivos que se han de exiliar y tantos muertos, que se han suicidado como un modo de responder al poder aniquilador que ignoró sus sueños, al sumergirlos en un primitivismo sin salida, en la atmósfera irrespirable impuesta por Ceaucescu:

*“En la Rumanía de entonces yo no notaba más que fronteras; no había lugar donde no existiese una. Todo era frontera, ¡hasta las fronteras reales del país con el exterior! Junto a esas fronteras nacionales se mató a mucha gente. (De hecho, más que fronteras son cementerios.) Las fronteras eran el Danubio y los confines verdes con Serbia y Hungría. Allí murieron millares de personas que huían sencillamente por hastío y que les daba igual perecer o no. Cada semana escuchaba uno decir fulano o mengano fueron fusilados. Sin embargo, eso no disuadió a nadie, porque la gente estaba harta y ya no soportaban la vida cotidiana. La frontera era un imán, y todo el mundo ansiaba estar fuera, fuera, fuera. Vivir en Rumanía desde la mañana hasta la noche sólo se soportaba con la idea de que no era para siempre, sino algo provisional de lo que alguna vez saldríamos”*<sup>4</sup>.

La escritora nació en Nitzkydorf (población germano parlante de Rumania) en 1953; estudió filología germánica y filología rumana simultáneamente, entre 1973 y 1976 en la Universidad de Timisoara, por sentirse pertenecer a ambas culturas. Perdió su primer trabajo, como traductora en una fábrica de máquinas, por negarse a colaborar con la Securitate, el servicio secreto comunista. Éste fue su primer libro, titulado originalmente *Niederungen*<sup>5</sup>, que esperó cuatro años en la editorial antes de poder publicarse, en 1982, con recortes impuestos por la censura rumana.

Herta Müller optó en 1987 por exiliarse en Alemania del Oeste junto con su marido, el escritor Richard Wagner. Sus novelas “La piel del zorro”, “La bestia del corazón” o “La convocatoria”, publicadas en los años 1990, *“dan, con sus detalles cincelados, una imagen de la vida diaria en una dictadura petrificada”*. Su última novela “Atemschaukel” (2009) describe el exilio de los rumanos germanohablantes en la Unión Soviética. ■

<sup>1</sup> En *tierras bajas*, pp.110 – 111.

<sup>2</sup> “El hombre de la caja de fósforos”, *En tierras bajas*, p. 143.

<sup>3</sup> “Día laborable”, *ibid.*, pp. 181 – 182.

<sup>4</sup> Entrevista a la autora hecha por Carlos A. Aguilera, publicada en “Crítica” (Puebla, México, 2000).

<sup>5</sup> *En tierras bajas*, publicado en español por la ed. Siruela en 1990 y reeditado en 2007. También tenemos en castellano: *El hombre es un gran faisán en el mundo* (Siruela, 1992 y 2007), *La piel del zorro* (Plaza & Janés, 1996) y *La bestia del corazón* (Mondadori, 1997).